

IMPORTANCIA Y TRASCENDENCIA DE LA POLÍTICA

LUCIO MENDIETA Y NÚÑEZ

LA política es tan antigua como las sociedades humanas. Puede decirse que nace con ellas, es parte sustancial de ellas mismas. Se deriva del instinto gregario de las gentes y de la voluntad de poder que se da en el espíritu y en el corazón de algunos hombres. Aristóteles vio esto con claridad y por eso dijo que el hombre es un animal político, o en otras palabras, que la política está en su propia naturaleza.

¿Pero qué es la política? Digamos que es la lucha por el poder y la manera de ejercitarlo cuando se alcanza. Tiene, así, un doble aspecto: el que asume al gestarse fuera del poder, como tendencia basada en una ideología y el que ofrece en el poder mismo, pues este se desarrolla de distintas maneras y la política no es, en gran parte, sino el conjunto de formas en que el poder se expresa. Podría decirse que, en este sentido, la política es el estilo del poder.

Poder y política son inescindibles. No existen el uno sin la otra. El fin de toda política es la conquista del poder y la finalidad inmediata del poder es precisamente la realización de una política.

La política es, vista desde otro ángulo, una energía incontrastable, es la fuerza social más grande, porque modela al poder y es superior a las leyes y al derecho todo, puesto que de ella dependen, ella les otorga vida, prácticamente les da y les quita vigencia.

Hay muchos ejemplos que pueden aducirse para demostrar esta afirmación; pero nos concretaremos a uno que nos es bien conocido. En México, la Constitución Federal en su Artículo 123, establece la participación de los obreros en las utilidades de las empresas para las que trabajan. La Constitución se dictó en el año de 1917 y así, hace cuarenta y tres años que el precepto citado no se cumple. ¿Por qué? Pues, porque la política de los empresarios y de las organizaciones de asalariados es contraria a su cumplimiento.

Los primeros no desean que sus trabajadores se inmiscuyan en la dirección y en el manejo interno de sus negocios y los obreros com-

prenden que si aceptan participar en las utilidades de las empresas, tienen que acceder a resentir las pérdidas. Entienden que la llamada lucha de clases, que, en realidad no es otra cosa que la lucha del capital y del trabajo, cesarían en el acto, porque trabajadores y empresarios se convertirían en socios.

De este modo, aun cuando por distintas razones, se conjugan dos corrientes opuestas en una misma política que resulta superior a la Constitución, ley suprema de nuestro país.

Los casos en que las leyes o no se cumplen o se aplican en un sentido diverso del que parece desprenderse de su letra y espíritu, según la voluntad de quien o quienes tienen en sus manos el poder, son tan numerosos y universales, que hacen indiscutible nuestro aserto de que la política es la fuerza social más grande, superior a las leyes y al Derecho.

Veamos ahora si esa fuerza puede ser objeto del conocimiento científico.

Platón en su diálogo "Del Político" o "Del Reinado", dice que el verdadero gobierno supone una ciencia, a saber la ciencia de mandar a los hombres. Esta ciencia, agrega, es la más difícil de todas.

Sin embargo, de otras palabras de la obra citada, la política, a pesar de que se le sigue llamando ciencia, aparece más bien como un arte, pues afirma el gran filósofo discípulo de Sócrates:

"Por encima de la retórica, hay una ciencia maestra que decide si debe emplearse la fuerza o la persuasión, o si es preciso abstenerse de ambas. Esta es la ciencia del verdadero político, que sin ser orador, manda a la retórica y se sirve de los oradores".

"Por encima del arte militar hay una ciencia maestra que decide si es preciso hacer la guerra o llevar a cabo una alianza. Esta es la ciencia del verdadero político que, sin ser general, manda al arte militar y se sirve de los generales".

"Por encima de la jurisprudencia hay una ciencia maestra que prescribe lo que conviene y lo que no conviene. Esta es la ciencia del verdadero político, que sin ser magistrado, manda a la jurisprudencia y se sirve de los magistrados".¹

Desde luego se advierte que la palabra ciencia está usada, aquí, en el sentido de sabiduría, de tacto personal y por eso decimos que más que como ciencia; la política, en el concepto platónico, es un arte.

En realidad la política es un hecho, un fenómeno social y por lo mismo parece susceptible de ser objeto del conocimiento científico; pero no es sino hasta los tiempos modernos cuando se ha tratado de constituir la Ciencia Política, pues las especulaciones de Platón en la

¹ Platón. *Obras completas*. Ediciones Anaconda. T. II, pág. 651.

República, en el *Gorgias*, en el *Político*, aún no la configuran propiamente y sólo en el libro magistral de Aristóteles surge como la más acabada teoría política de la antigüedad, antecedente preciso y precioso de las posteriores concepciones sobre la materia.

Esas concepciones, han dado lugar a tres disciplinas: la Ciencia Política, la Teoría Política y la Sociología Política entre las cuales es sumamente difícil establecer riguroso deslinde.²

Soslayando este problema que aun cuando no es ajeno a la materia, sí lo es a este breve ensayo, y concretándonos a nuestra disciplina diremos con Bendix y Lipset, que la Sociología Política es una de las más recientes especializaciones de la Sociología, no así su objeto, pues muchos estudios clásicos, tales como los de Tocqueville, Bryce, Michels y Weber, aparecieron antes de esa designación. El título se adoptó, según los autores citados, para agrupar, bajo él, a un serie de especulaciones e investigaciones que se publicaron a principios de los treinta como consecuencia de la Revolución Comunista, la aparición del fascismo y la Segunda Guerra Mundial,³ que precipitaron al mundo en la honda crisis que todavía sufre y de la que pugna desesperadamente por salvarse.

La Sociología Política no es una ciencia autónoma, sino capítulo de la Sociología General que al ser profundizado se transforma en Sociología especial.

Acaso el nombre que más le convenga sea el de Sociología de la Política, puesto que se ocupa del estudio del fenómeno político. Sociología Política induce a pensar en una disciplina pragmática que se aparta de la ciencia propiamente dicha, porque la política significa acción o abstención con un fin determinado, jamás se queda en la especulación pura. Nace generalmente de una idea; pero es siempre una idea cargada de valoraciones y de sentido práctico, que tiende indefectiblemente a realizarse.

En cambio, la Sociología de la Política estudia a esta última en sus causas y efectos y en sus interrelaciones sociales, sin hacer juicios de valor ni recetas para la acción. No obstante, el nombre de Sociología Política ha tomado carta de naturalización en nuestra disciplina y parece inútil tratar de sustituirlo. Acaso las antecedentes disquisiciones contribuyan a establecer su verdadero sentido.

Es claro que los estudios de Sociología Política llegan a formular principios generales que pueden y deben ser aprovechados por el

² Algunos autores como David Easton, consideran que la Ciencia Política comprende a la Teoría y a la Sociología Política y en cambio Harry V. Jaffa, niega la posibilidad de una teoría política. Véase *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico*. Vol. III. No. 4 (Diciembre de 1959).

³ Reinhard Bendix y Seymour Lipset. "Sociología Política" en *Current Sociology*. Vol. VI. 1957. No. 2. UNESCO.

hombre de gobierno y el político militante; pero no ilustran en manera alguna sobre las formas de ese aprovechamiento, del propio modo que las ciencias naturales se concretan a proporcionar conocimientos que los técnicos utilizan, después, en la industria y en la medicina, por ejemplo, para aplicaciones prácticas.

Pero en tanto que los técnicos de las ciencias naturales manejan elementos dóciles a sus manipulaciones, el político que es, en cierto modo, el técnico de la política, se enfrenta a la sociedad compuesta por una multitud de individuos de caracteres y situaciones diferentes, entrecruzada por fuerzas innumerables y al hacerlo no sólo aplica conocimientos adquiridos, sino que proyecta las cualidades y defectos de su propia personalidad, de sus peculiares pasiones e intereses. Y si esto es así, y así es, surge desde luego la duda respecto de si la política puede ser objeto del estudio sociológico o de ciencia alguna.

Pues en ningún otro campo del conocimiento, tiene tanta influencia el factor personal, a menudo caprichoso e irresponsable, de quien o de quienes detentan el poder ni intervienen con tanta frecuencia circunstancias o acontecimientos imprevistos y hasta motivaciones irracionales, todo lo cual parece que sitúa a la política al margen de cualquiera pretensión científica.

Sin embargo, la Historia de la Política, o mejor aún, el examen de la política a través de la Historia, enseña que hay en ella como en todos los fenómenos sociales, elementos constantes, a pesar de variaciones y excepciones y que sus cambios se producen con cierta generalidad y sincronismo en todas las sociedades humanas.

En efecto, un análisis somero de la política en el pasado y en presente, descubre en ella tres etapas fundamentales y el que cada una ofrece un estilo peculiar.

En la primera, que corresponde a la antigüedad, predomina la persona de quien manda. A veces, se le atribuye origen divino y ejerce un poder sin límites, hasta sus caprichos más absurdos se convierten en política. El absolutismo es el estilo del poder en los tiempos antiguos.

En cuanto a la política que se origina en diversos círculos sociales, como lucha por la conquista del poder, también está dominada por la personalidad del mandatario, puesto que, a menudo, llega al magnicidio como único modo de liberar a los pueblos del personalismo político.

Una segunda fase de la política empieza con la lucha del pueblo contra la realza que termina en el triunfo de la burguesía. Entonces cambia el estilo del poder, pues quien o quienes lo detentan, ya no pueden usarlo de manera irrestricta, sino que se ven obligados a ejercerlo dentro de ciertos límites fijados por las leyes.

La política, dentro y fuera del poder, se vuelve más compleja bajo la influencia de diferentes fuerzas sociales en constante pugna por la defensa de sus intereses.

Con el advenimiento de la gran industria y del capitalismo, entra la política en la tercera etapa dentro de la que se produce el fenómeno de la organización de los campesinos y de los obreros y de este modo, la irrupción de las masas en la vida pública, en la lucha por el poder. Se inicia lo que bien podría llamarse la socialización de la política. Esta denominación la usamos con un doble significado: quiere decir que la política del poder tiende cada vez más a considerar los intereses materiales y morales, ya no de una clase determinada, sino de todas las clases sociales y especialmente los intereses de las clases más débiles. Quiere decir también que en la política como lucha por el poder o para ejercer en quienes la detentan influencia decisiva, intervienen cada día con mayor vigor todas las clases sociales, pero especialmente la clase media, los obreros y los campesinos, a través de sus organizaciones.

La socialización de la política que se advierte en la hora actual, es, así, participación del auténtico pueblo en el hacer político y dirección del Poder hacia el beneficio del pueblo en todos los órdenes de la existencia colectiva.

No faltarán quienes, al escuchar estas palabras, sonrían pensando en los que se enriquecen en los puestos públicos, en los abusos y en los crímenes de los tiranuelos que aún subsisten en diversas partes del mundo; pero la Sociología estudia lo general, lo permanente de los fenómenos sociales y a pesar de las desviaciones y de las variantes que puedan suscitarse en ellos, lo cierto es que tratándose de la política se advierten las tres etapas señaladas por nuestro esquemático análisis sociológico en todos los pueblos civilizados en las mismas épocas y bajo parecidas circunstancias.

A cada una de las etapas de la política que hemos mencionado, corresponde también una tipología especial del político. En la primera surgen el cortesano y el intrigante; en la segunda predominan las figuras señeras del hombre de Estado y del caudillo carismático y en la tercera, el revolucionario y el líder.

Al cortesano lo caracteriza el hecho de que su fuerza deriva de personales cualidades para la adulación, al intrigante su diabólica sabiduría para ganarse voluntades; al hombre de Estado y al caudillo, la atracción que ejercen sobre el pueblo del que no sólo no reciben impulso alguno, sino que lo dominan.

En cambio las figuras actuales del revolucionario y del líder se caracterizan porque se apoyan en las grandes masas. De ellas, organi-

zadas en legiones, en sindicatos o en partidos, les proviene su potencia social.

Por eso, en tanto que los poderosos de épocas pasadas, cultivaron lo que Spranger llama el *pathos* de la distancia, el político y el mandatario de hoy buscan siempre convivir con las multitudes, acercarse a ellas.

Y es que, como dice el autor citado, "a quien ha de ejercer predominio sobre amplios círculos no le basta con su propia fuerza, sino que para ello ha de concentrar en su persona una especie de poder colectivo, ha de actuar en nombre de muchos. Sólo donde se da este caso, donde el jefe sabe que tiene tras de él un grupo enorme, cuya causa ha tomado sobre sí, nos encontramos ante las supremas potestades humanas, seres de imperial silueta en los que una supra-individual fuerza del espíritu se ha concentrado".

Pues según Spranger, únicamente cuando se basa en la superioridad espiritual y la personal energía y en la alta voluntad cordial de servir gobernando, tenemos al auténtico espíritu conductor que sólo o en el servicio de la totalidad hace uso del poder al que considera como un deber de índole ética para con los que le siguen.⁴

Es pues, evidente, que la política no es caprichosa e irreductible al conocimiento científico, pues no sólo en los grandes procesos evolutivos que apenas hemos delineado se advierten uniformidades esenciales, sino en los diversos aspectos que presenta. Así, por ejemplo, la organización y la actuación de los partidos es semejante en todos los Estados modernos; parecidos los motivos que determinan la intervención o la abstención de los ciudadanos en las funciones electorales y hasta los crímenes políticos se producen en circunstancias y por causas similares en todas las épocas y en todos los pueblos del mundo.

Y si a alguna disciplina social le corresponde el estudio del fenómeno político es indudable a la Sociología, pues ninguna otra se ocupa de cuanto hemos mencionado. Ese fenómeno ofrece una riqueza extraordinaria por su misma complejidad. Explorarla y ahondar en ella, es un imperativo para los intelectuales de nuestro tiempo, un deber ineludible de la inteligencia, porque como se dice al principio de este ensayo, no hay nada que tenga mayor importancia por su misma trascendencia en la vida del género humano, que la política. Todas las fuerzas, todos los intereses sociales se conjugan en ella, de ella emanan la prosperidad o la miseria de las naciones, la guerra y la paz, la elevación y la caída del hombre.

⁴ Eduardo Spranger, "Formas de Vida", *Revista de Occidente* (Buenos Aires, Argentina), pág. 240 y siguientes.